

los olorosos tallos del más magnífico Jazmin; allí también, sobre aquel tronco mismo, ve aparecer las Rosas más preciosas y agradables, al oír que se la llama Madre de los hombres, corredora del mundo, salvación de la tierra.

¡Ah, cristianos! observemos también nosotros la ley santa de Dios, y sabremos, por experiencia, que no solamente es fácil, ligera y suavísima, sino, además, útil, fructífera y provechosísima. Digan, pues, lo que quieran los impíos de nuestro siglo; ridiculicen en buen hora á aquellos que se someten al yugo con alegría; agucen el ingenio para probar, á su manera, que esa ley no existe, que la libertad humana no ha sido coartada por Dios; marchen, si así les place, por los anchos senderos de la iniquidad y del pecado: ¡desventurados! y cuán dura no es la culpa para vosotros! de cuántas amarguras no es ella para vosotros la infausta mensajera!

Carísimos hermanos; iluminados esta noche por el ejemplo de María, hemos reconocido la facilidad y la utilidad de la ley; empechemos, pues, desde luego, una vida verdaderamente cristiana. Desde este momento, sea para nosotros sacrosanta la ley; desde este momento, procuremos no cometer acción alguna, que no sea según el espíritu del Evangelio.

Y Vos, Virgen fidelísima, que obediente siempre, cual flexible tallo del místico Jazmin, os mostrasteis pronta á la observancia de una ley, que en manera alguna os obligaba; Vos, que quisisteis observarla, aún á costa de aparecer en presencia de los hombres mancillada é inmundada; ¡ah! excitadnos al cumplimiento de aquella ley, que dictada para nosotros, lejos de humillarnos, hace, por el contrario, á cuantos la cumplen, dignos de alabanza, de recompensa y de honor. Dicha ley, ¡ay! ha sido tantas veces despreciada hasta ahora por nosotros, y despreciándola, hemos despreciado, igualmente, á vuestro Hijo Jesús; mas ya nos arrepentimos de ello, y nos sentimos contritos de pesar. Ayudadnos Vos, pues, ¡oh Madre nuestra! para que, principiando desde hoy á observarla, podamos, después de haber experimentado cuán fácil es su cumplimiento en la tierra, subir al cielo, á gozar de los inmensos beneficios que ella acarrea, sus dulces frutos y su utilidad eterna.

DIA DIEZ Y OCHO.

EL ELIÓTROPO,

Ó SEA:

LA SANTIDAD PARA TODOS.

Sancti eritis, quia ego sanctus sum.
Sed santos, porque yo soy santo.
(LEV. XI, 49.)

Saludad, hoy, mis amados hermanos, á la flor que ofrece más consuelos á vuestro corazón. El Eliótropo crece, florece en muchos lugares del místico jardín Mariano; en la cumbre del monte, no menos que en la espaciosa llanura, á la sombra de los bosques y de las selvas; bajo el abrigo de los árboles, no menos que al aire libre, expuesta á los rayos del sol más ardiente. Y esa flor embellecese en medio de las Violetas, adórnase entre las Azucenas, asociase con los Jazmines, aviénese con el Estramonio, no rechaza al Junquillo, no se separa de la Madreselva, osténtase al lado de las Rosas del brillo más deslumbrador. Su corola es rizada: dividida en cinco partes, es sencilla en sus extremidades. Su cáliz forma un tubo adornado, maravillosamente, con cinco dientes. Sus troncos son altos, sus tallos frondosos, y sus hojas abundantes. Sus flores, ¡ah hermanos míos! sus flores son estrellas hermosas y esplendentes; son astros maravillosos y sublimes, copia perfecta del sol que nos ilumina: y ora descuellan magestuosas sobre su tallo, ora se extienden lijeramente sobre el suelo; unas, distingúense por su color brillante de oro; otras, por su candoroso matiz azulado; estas, por lo pomposo de sus hojas; y aquellas atraen, sorprenden y enamoran por lo delicado de sus formas.

Mas, ¿cuál es, hermanos míos, el misterioso emblema de di-

cha planta? Su significacion harlo os lo está indicando, el hecho de verla crecer, espontáneamente, en un sitio cualquiera del suelo, al austro, al aquilon, al septentrion y al mediodia; bajo un clima cálido, ó frio; en un terreno cultivado, ó agreste; en los solitarios bosques, ó en los risueños jardines: y esa significacion aún la notareis mas clara en el profundo misterio de que, en cualquier lugar, en cualquier terreno, y en un clima cualquiera, sus flores siempre vuelven su faz hácia el esplendorosísimo sol, y parecen copiar sus colores, imitar su viveza y reproducir sus esplendores.

¡Ah, carísimos hermanos! saludad, pues, al Eliótrofo, repito, saludad á esa flor con toda la efusion de vuestro corazon. Es el afortunado Eliótrofo un nombre compuesto de dos palabras griegas, que significan: SOL y GIRAR; esto es, que gira con el sol, y por esta razon, llamado, vulgarmente, Girasol. Flor misteriosa, que, al paso que simboliza á María en todos los estados de su vida, y en todo lugar de su permanencia, con su mirada siempre fija hácia el verdadero Sol de justicia, nos manifiesta, igualmente, con toda claridad, que en todo lugar podemos dirigir nuestras miradas hácia el Altísimo; podemos amarlo, y ser grandes santos; y, por lo tanto, viene á confundir esas voces inspiradas por la cobardía, con las cuales los cristianos del siglo pretenden excusarse, alegando, que en medio de los peligros y las ocasiones que ofrece el mundo, y en medio de los negocios y ocupaciones de la tierra, es imposible elevar los ojos hácia Dios, y pensar en nuestras propias almas y en nuestra santificacion. ¡Ah! no es, no, el siglo, ciertamente, y seguro estoy de poder así demostrároslo; no es el siglo con sus tentaciones, ni el mundo con sus asuntos y quehaceres lo que nos aparta de Dios, sino nuestro propio corazon, y nuestro propio espíritu: nuestro corazon, porque no es recto; y nuestro espíritu, porque está disipado. Reflexionemos con atencion bajo ese doble punto de vista; y de ello deduciremos, claramente, que si María pudo siempre mostrarse cual Eliótrofo espiritual con su mirada fija hácia el Altísimo, tambien podemos nosotros hacerlo en todo lugar y en todo tiempo, del mismo modo que el Eliótrofo material no cesa, en todo lugar y tiempo, de mirar al Sol en su curso diurno. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

No creais, mis amados hermanos, que yo pretenda, desde luego, atenuaros con mis palabras la gravedad y la multiplicidad de los peligros, que, en medio del siglo, os rodean por todas partes. No; lo confieso con vosotros: dichos peligros son graves y numerosos. Empero, á pesar de ello, yo no puedo persuadirme de ningun modo, que

tales sean esa gravedad y esa multiplicidad, que deban alejaros absolutamente de Dios. Es positivo, que tenemos el precepto riguroso y absoluto de ser santos, como santo es nuestro Padre celestial: *Sancti eritis quia ego sanctus sum.* (I. PETR. I, 16.) Pues bien; ¡oh cristianos! de ello infiero, que es posible, por lo tanto, la santidad en medio del siglo, aún en presencia de las ocasiones y de los peligros, toda vez que fuera impropio de la sabiduría y de la bondad del Legislador, el dictar una ley, encaminada al bien de sus súbditos, cuyo cumplimiento fuera, sin embargo, enteramente impracticable.

¡Ah, carísimos hermanos! aquí no hay término medio; ó es preciso decir, que la sabiduría de Dios no conoció los peligros y las ocasiones que se oponen á la perfeccion cristiana; que su bondad no supo, ó no quiso, suministrarnos los medios para triunfar de ellos; ó bien, si no queremos proferir tal blasfemia; es preciso decir, que, no obstante tales peligros y tales ocasiones, puede observarse el precepto de Dios, y que, por consiguiente, podemos y debemos ser santos en medio del siglo: *Sancti eritis quia ego sanctus sum.*

Vedlo, sinó, en aquel mancebo del Evangelio, que se acercó á N. S. Jesucristo para preguntarle, cuál era el camino de la salvacion. Dicho mancebo era un hombre acaudalado, el cual, además de hallarse expuesto á los peligros y las ocasiones que el siglo nos ofrece, hallábase, igualmente, expuesto á aquellos que ofrecen las riquezas, la fortuna y la opulencia. Era un rico del siglo, que preguntaba á Jesucristo, lo que debia practicar para asegurar la salvacion. Y, sin embargo, el Señor no le contesta, ciertamente: para tí es imposible la salvacion; son demasiados los peligros, demasiadas las ocasiones que pueden salirte al paso; sinó que le dijo: si quieres salvarte, (y con ello le hizo ver, que estaba en su mano el quererlo), guarda los mandamientos: *Si vis ad vitam ingredi serva mandata* (MATTH. XIX, 17.)

Mas ¡ah, Señor! ¿qué hablais de mandamientos á los hombres del siglo? ¿No estais oyendo, acaso, como os contestan, que para ellos es imposible su observancia? Empero, ¿qué digo, oh cristianos? Si vosotros contestais, que considerais imposible la observancia de los divinos preceptos, yo os digo, que no lo vió así aquel mancebo del Evangelio, el cual presto respondió: ¡Ah, Señor! yo he guardado los mandamientos desde mi infancia, y los he guardado en el ardor de las pasiones, en medio de los peligros del mundo, en las ocasiones que ofrece el siglo. Pues bien, hermanos míos; si para aquel mancebo fué posible la observancia de la ley, ¿por qué no habría de serlo respecto de vosotros mismos? Si para él no fueron impedimento al-

gano las ocasiones y los peligros, ¿por qué, pues, debieran de serlo para vosotros?

¡Ah! ya os lo he manifestado desde el principio de este discurso; no es el siglo con sus tentaciones lo que nos aparta de Dios, sinó nuestro propio corazón. Decidme, pues, hermanos míos; ¿por ventura no podeis, no está en vuestra mano, el triunfar de las ocasiones que os rodean y de los peligros que os amenazan? ¿Es posible decir, que nunca supisteis resistir á la prueba, y que no hayais alcanzado triunfo alguno sobre vosotros mismos? Y si una vez, solamente, lo alcanzasteis, ¿por qué, pues, no pudierais alcanzarlo del mismo modo otras veces? ¡Ah, cristianos! permitidme que os lo diga: es que se aman las ocasiones; es que se corre en pos de los peligros, y por eso se vive alejado de Dios. Procuremos que sea recto nuestro corazón, y en todo estado se alcanzará la salvación y será fácil la conquista del cielo.

Hagamos, ahora, sinó un breve exámen de todos esos estados del siglo. Empezemos por el matrimonio; considerémoslo aún en la opulencia y en la riqueza. Hé aquí una Ester, que vosotros reconocéis en la modestia de su mirada, en el candor de su rostro, en la santidad de sus palabras y en la humildad de su traje. Decidme, por lo tanto, si toda esposa imitase tan bellas virtudes, ¿no sería para ella anticiparse el sosiego del Paraíso? Fijese vuestra atención en el siguiente ejemplo; penetrad en aquella humilde morada, mirad aquella ilustre matrona retirada y oculta, amiga sólo del llanto, de la oración y del ayuno. No la mueve deseo alguno de figurar en el mundo, ni ánsia alguna de alcanzar aplausos y homenajes, ni ningun anhelo de tomar parte en los mundanos regocijos, los festejos y las solemnidades de la tierra. ¿No comprendéis á qué persona me refiero en vista de tales prerogativas? Os represento, pues, á la viuda Judith, que está pregonando con la elocuente voz del ejemplo, que aún en el estado de viudez, se obtiene la salvación, siempre que la persona que en él se encuentre, procure imitar sus virtudes.

Mis amados hermanos; ¿habeis visto, alguna vez, un jóven en la flor de la edad, de aspecto agraciado, de talento perspicaz, de ánimo varonil, lleno de riquezas, de honores, adornado, en una palabra, de todas aquellas prerogativas que hacen creer á la incauta juventud, que es lícito todo artificio, honrado todo medio y toda medida, y que todo yugo y toda ley son quebrantables? Decidme, pues, ¿pudierais acaso creer, que ese tal es capaz de permanecer firme en la observancia de la ley santa de Dios, en medio de un pueblo corrompido, que la pisotea y obliga á conculcarla? ¿Pudierais considerarle con

valor suficiente para resistir á toda violencia, á la grandeza de las pruebas, hasta el punto de sufrir con ánimo resuelto, en un lago de leones, un injusto é inmerecido castigo? Pues bien, hermanos míos; ahora acabo de haceros, simplemente, el retrato de Daniel, el cual nos enseña, que la juventud, aún en medio de la licencia de la más impía de las ciudades, puede ser santa.

Soy un criado, me dirá, tal vez, alguno de vosotros, y es preciso que obedezca al mandato injusto de unos amos perversos. ¡Mentira! os contestaré yo; ahí teneis al valeroso José, que os muestra de que manera debe resistirse á la impiedad de los amos, aún á trueque de tener que sufrir en la cárcel la dolorosa pena. Soy amo, me objetará otro, y es imposible no abusar alguna vez, del propio poder, y olvidar la propia dignidad. ¡Falso! os responderé; el mismo José os enseña sobre el trono como debe conciliarse la dignidad con la virtud, el poder con la religion, el respeto que mereceis, con aquel que debeis al Señor. Soy un miserable, me dirá un tercero, y es imposible no sentirse á veces afligido por la falta de medios, por la dureza de los ricos, y por unos deseos que jamás se ven satisfechos. ¡Error! os contestaré todavía: Job es quien nos enseña, desde su muladar, como deben soportarse las miserias, las privaciones y las adversidades. ¿Qué estado ofrece más peligros que el de la milicia, mis amados hermanos? Pues bien; un Cornelio, un Gedeon y un Josué os enseñan, que aún en él, puede hallarse la salvación.

En suma: á donde quiera que dirijais vuestra mirada, forzoso os es confesar, que el enemigo de vuestra salvación no es el siglo con sus tentaciones, sino vuestro propio corazón con su perversidad. Purificad, pues, ¡oh cristianos! vuestros corazones, y vereis, que, aún en medio del siglo, es posible ser grandes santos.

Carísimos hermanos; nuestra Madre María, la Inmaculada, la Santísima, la mujer llena de toda virtud, no llegó á ser tal, ciertamente, en medio de los bosques y de las selvas, sino en medio del siglo, y en un siglo el más corrompido, el más bárbaro y el más inicuo. Contempladla donde querais, en Belén, ó en Egipto, y siempre la vereis entre gentes bárbaras, impías, idólatras; ó bien entre unos pueblos corrompidos, futuros deicidas, é inhumanos. Empero, en medio de dichos pueblos, y entre tales gentes, hermanos míos, vereis á María, cual Eliótrope espiritual, que dirige su pensamiento y su mirada hácia el Altísimo; y siempre la vereis bella con su amor divino, adornada con la gloria de los cielos, animada por un rayo de luz el más puro y esplendoroso. Los escándalos, las ocasiones y los peligros no faltaron, ciertamente, á su vista; no le faltaron en Egip-

to, donde vió adorar unos dioses falsos y mentirosos; no le faltaron tampoco en su propia pátria, donde vió reinar la licencia, las pasiones y los crímenes; y no le faltaron, en definitiva, en todas partes, toda vez que en todas partes pudo Ella ver extinguida la llama celestial del amor; sin embargo, Ella, en Egipto, no se apartó del culto de su Jesús; y en su pátria, caminó con planta virginal sobre las aguas cenagosas; y en todo lugar salió ilesa de un incendio tal, que hubiera bastado para perder toda alma, todo pecho y todo corazón.

Seguidla ahora en todos los estados de su vida. Siendo Virgen encerrada en el Templo, es Eliótropo estrellado, que no sabe vivir un momento sin contemplar á su Dios. Siendo Esposa, en su morada de Nazareth, es tambien Eliótropo, cuyos ojos van siguiendo siempre al verdadero Sol de justicia. Siendo Viuda, en medio de los Apóstoles, es dorado Eliótropo, que no busca otro objeto que el rostro de su luz eterna. En suma: María, en todos los estados de su vida, y en todo lugar de su permanencia, os enseña, que en todas partes podemos ser santos, podemos ser perfectos.

Empero, vosotros aún no os dais por satisfechos. Los compromisos, me decís, sí, los compromisos diversos y tan numerosos que nos ligan con el siglo, impiden, sin duda alguna, nuestra eterna salvacion.

¡Ah! mis amados cristianos; muy poco mirais por vuestro honor cuantas veces discurris de esa suerte. Hacedme, pues, el favor de decirme, en medio de ese cúmulo de negocios, de esa diversidad de empleos, y de esa gravedad de obligaciones á que debéis atender ¿qué orden observais? ¿qué regla os proponéis seguir? ¿No es cierto, acaso, que es preciso cumplir, ante todo, con aquellos deberes que primero contrajisteis? Sin embargo, vosotros procurais, por el contrario, satisfacer con preferencia aquellos compromisos que más interesan á la avaricia, la ambicion y al orgullo. Y si tanto haceis respecto de los compromisos mundanos y de los intereses de una vida caduca, ¿cómo, pues, no debierais desplegar igual celo, respecto de los compromisos, los intereses y los deberes religiosos, los cuales, además de ser los más importantes, fueron los primeros que obligaron á vuestro corazón, á vuestra alma y á vuestras personas; los que os ligaron desde vuestro nacimiento, y que trajisteis con vosotros mismos, con vuestra propia existencia? Los compromisos, los deberes respecto del siglo, y las ocupaciones, ¿serán, por ventura, un impedimento para que dejéis de pensar en vuestra alma? Y ¿es, pues, posible, que no os reste una hora, siquiera, durante el día entero, para pensar en el único, en el más importante, en el más grave de todos vuestros nego-

cios? Os resta una hora para el paseo, para las diversiones y los teatros; os resta una hora para emplearla en el desenfreno de las pasiones, en las culpas y en los pecados; os resta tiempo para pasarlo delante del miserable espejo, para hacer brillar en él una belleza caduca, mentirosa y falaz; para consumirla, especialmente, en nuestros días, en la lectura de libros perversos, de obscenas novelas, para perderlo en humorísticos discursos, en compañías vanidosas y en conversaciones peligrosas; y ¿no os quedará tiempo para vuestra alma, para vuestros negocios eternos?

¡Ah, cristianos! esa hora no se quiere, no se la busca; aún cuando pretendierais, que teneis que hacer frente á tantos compromisos como un monarca, ¿no tuvierais siempre á vuestra vista el ejemplo de David, quien supo hermanar tan admirablemente la púrpura con el cilicio, la diadema con la ceniza, y los banquetes con las lágrimas?

¡Dios de bondad! ¿será cierto que así discurran vuestros siervos? Y ¿qué tiempo requiere la observancia de vuestra ley divina? ¿Os faltará, acaso, tiempo, hermanos míos, para adorar á un solo Dios, que reina glorioso en los cielos, para invocar su nombre con veneracion y respeto, para no ultrajarle jamás con burlas, pecados é iniquidades? ¿Os faltará, por ventura, tiempo para amar á vuestro prójimo, para reconocer en él á la persona misma de Dios, para absteneros de cualquier daño que pudierais ocasionarle en su persona, su honra y sus bienes?

¡Ah! ahora bien quisiera yo preguntar á los hombres vengativos: ¿os faltará tiempo, acaso, para perdonar á vuestro enemigo? A los orgullosos quisiera repetirles: ¿os faltará tiempo para ejercitar la humildad? A los adúlteros quisiera decirles: ¿os faltará tiempo, por ventura, para enfrenar vuestra lujuria? En una palabra: ahora quisiera interrogar á todos los pecadores de la tierra, para que me dijeran, claramente, lo que exige más tiempo, si el ejercicio de la virtud, ó la obra indigna de las culpas y los pecados. ¡Ah! harto veo, que ellos no se atreven á responder, porque harto conocen, que no son los deberes que les incumben, como hombres y como ciudadanos, lo que les aparta de Dios, sinó la disipacion de su espíritu: terrible disipacion, que sólo se complace en la iniquidad y en el pecado; que sólo corre en pós de las vanas ostentaciones y de los falsos rumores que propala la malicia; que sólo se deleita en infringir las leyes, conculcar los preceptos, y espaciarse por los vastos campos que ofrece aquel ídolo infame, reconocido bajo el nombre de libertad, mas que yo califico, por el contrario, de yugo insoportable.

¿No os parece, acaso, razonable mi lenguaje, carísimos hermanos?

Sin embargo, seguid prestándome vuestra atención por un instante todavía, pues ahora voy á ser condescendiente respecto de vosotros, hasta el punto de concederos, que tal pueda ser, en efecto, la multitud de vuestros compromisos, y tantos y tan diversos los deberes que os ligen con el siglo, que no os permitan disponer de una hora siquiera para pensar en vuestra alma y en los negocios de la eternidad. Y eso ¿qué importa? ¿Direis, acaso, que no podeis salvaros? ¡Ah, desdichados! decid más bien, que no sabeis, ó no quereis salvaros. Pues, qué! ¿por ventura no podríais santificar esa misma gravedad y esa misma diversidad de obligaciones? ¿Acaso no pudierais, segun el precepto del Apóstol, dirigir toda accion, todo pensamiento y toda palabra en honor y gloria del Dios, que os crió, que os redimió, y que os llama á la posesion de la bienaventuranza eterna? Y dirigiendo vuestras acciones hácia un fin tan elevado, ¿no tuvierais la prenda segura de vuestra eterna salvacion? ¡Ah! bien veis ¡oh cristianos! que no os resta que alegar excusa alguna en la materia. Si; aún en medio del siglo, aún en medio de la multitud de vuestras ocupaciones, podeis alcanzar la salvacion, podeis ser santos.

Demos, sinó, una mirada, amados hermanos, á nuestra Madre María. Ella vivió, segun os he dicho ya, en medio del siglo, y en medio de un siglo el más corrompido. En el gobierno de su pequeña familia, no le faltaron, ciertamente, graves atenciones, cuidados y deberes que cumplir. Las apremiantes necesidades domésticas, la pobreza, y hasta la miseria, venían á aumentar, sin duda alguna, su número y su gravedad. Y así en el establo de Belen, como en la huida á Egipto, finalmente, en su residencia de Nazareth, las privaciones y los apuros no podían ménos de angustiar aquel corazon tan sensible y amoroso. Y no obstante ¡ah! María, cual afortunado Eliótrope, fija su mirada en el Altísimo; María no falta á sus deberes religiosos; sus prácticas de devocion y de piedad no decaen en manera alguna. Ella, cual misterioso Eliótrope, acude al Templo en las épocas prescritas, por largo y penoso que sea el viaje. Ella, cual misterioso Eliótrope, entrégase en su celda, ó aposento, á la fervorosa oracion, aún á costa de privar del reposo á sus fatigados miembros. Ella, cual misterioso Eliótrope, aplicase en el fondo de su corazon, al ejercicio, no interrumpido, de las virtudes religiosas y morales, adquiriendo siempre mayores grados de santidad, y siempre adelantando en el sendero de la perfeccion. Ella tiene á Dios fijo en su mente, y hácia Él, cual espiritual Eliótrope, dirige todos sus pensamientos. Ella tiene á Dios impreso en su corazon, y para Él, cual espiritual Eliótrope, mantiene allí una llama la más encendida

y amorosa. Ella tiene á Dios impreso en sus lábios, y cual espiritual Eliótrope, canta sus glorias, anuncia sus grandezas, ensalza su amor. Teniendo, en suma, á Dios presente ante los ojos del cuerpo y del espíritu, le adora, le venera y le ama.

¡Ah, cristianos! confesémoslo de una vez: vanas fueron cuantas excusas he aducido hasta ahora en medio de nuestra vida religiosa é indevota. No es, no, el siglo el que nos aparta de Dios, ni tampoco los propios compromisos que con él tenemos contraidos, sinó nuestro corazon corrompido, nuestro corazon disipado. Procuremos triunfar de ese doble enemigo; y aún en medio del siglo, entre las ocupaciones y los deberes del mundo, seremos salvos, seremos santos.

Y ¿por qué no debiera ello ser así, hermanos míos? ¿Acaso no lo fueron tantos otros, ántes de vosotros? ¿No fueron santos en el trono, una Isabel, un Estéban? ¿No fueron santos en el trabajo del campo, un Isidro y una Cousin? ¿No fueron santos en los vínculos del matrimonio, un Dario y una Crisanta? Y un Jorge, en medio de los peligros de la milicia, y un Labré, en medio de las estrecheces de la pobreza, ¿no fueron, acaso, santos, no fueron perfectos? Y si ellos lo consiguieron, ¿cómo no habíais, pues, de poder conseguirlo vosotros? ¿Fué, por ventura, su carne diferente de la vuestra? ¿Son, acaso, para nosotros, más graves los peligros, más fuertes las tentaciones, y más insuperables los obstáculos? ¿Acaso la mano de Dios es ménos poderosa respecto de vosotros? ¿Ha cerrado para vosotros los tesoros de su misericordia, ha dejado, por ventura, de llamaros, de protegeros y de alentaros? ¡Ah, cristianos! el ser santos depende exclusivamente de vosotros; con solo que lo querais, lo sereis ciertamente. Postraos, pues, á las plantas de María; implorad de ella la firme resolucion de ser tales en esta vida, cuales os quiere vuestro Padre amoroso, vuestro Dios, que está en los cielos.

¡Oh Madre amorosísima! ¡ah! cúmplase en nosotros la voluntad de vuestro Hijo santísimo. Él nos quiere santos, como santo es nuestro Padre celestial; Él nos quiere justos; Él nos quiere perfectos; mas nosotros nos oponemos al cumplimiento de ese divino querer, persuadiéndonos por nuestra corrompida naturaleza, de que es imposible la santidad en medio del siglo, entre los negocios y las ocupaciones del mundo. Vos nos habeis dado á conocer, que no es el mundo con sus peligros, ni el siglo con sus compromisos lo que nos aparta de Dios; sinó nuestro propio corazon con su perversidad y nuestro espíritu con su disipacion; hoy, pues, concedednos la gracia, de que sepamos oponernos varonilmente á ese doble y capital enemigo, á fin de que, quedando destruido en nosotros cuanto sirve de obstáculo á

nuestra santificacion, podamos un dia aparecer á la faz del cielo, cual gente santa, cual descendencia escogida, cual pueblo de predileccion, que, rescatado de la esclavitud del demonio, no tuvo otro objetivo sobre la tierra que la santidad de su espíritu.

DIA DIEZ Y NUEVE.

EL IRIS,

Ó SEA:

EL FERVOR DEL ESPÍRITU.

*Estotes perfecti, sicut et Pater vester
caelestis perfectus est.*

Sed vosotros perfectos, como perfecto
es vuestro Padre celestial.

(MAT. V, 4).

Admirable es el Altísimo, mis amados hermanos, y sus obras nos demuestran su poder de un modo maravilloso. Deseo siempre de hacer ostentacion de sus infinitas bellezas, las ha esparcido en tan gran número en la naturaleza entera, que la vista del hombre no fuera suficiente, no digo para ensalzarlas, sino ni aún para simplemente describirlas. Levantad, por favor, vuestras miradas; y, prescindiendo ahora de cuanto os arrebatara en los cielos, os atrae en la tierra, y os sorprende en los mares; fijad vuestra atencion en lo alto de aquel vetusto muro, en el tejado de aquella abandonada cabaña pastoril. ¡Dios mio! ¿qué veis allí, pues? Una llama, una llama pequeña, pero viva, que agitándose pausadamente, parece remontarse hácia las esferas. Inciertos, respecto de vuestra vision misma, atónitos por la novedad del portento, os aproximais á dicho muro, examináis más de cerca aquella rústica morada; y entónces reconocéis en tal llama, una flor, la más delicada y primorosa; una planta, la más maravillosa y sublime; el Iris, el esplendorosísimo Iris.

¡Oh! Dios de infinita sabiduría, ¿cuántas bellezas no has reunido

Tú, pues, en esa flor deliciosísima? Sus hojas, amados hermanos, son anchas, majestuosas y puntiagudas, semejantes, enteramente, por su forma, á una agudísima espada. Su tallo, parece cubierto de terciopelo, está cargado de hojas, alternativamente, combinadas. Sus tallitos son abiertos, frondosos y uniformes. Sus flores están divididas en seis pétalos, ondulados en sus bordes y recamados de rizos y crespaduras, distintos en la extremidad superior de una cabellera, formada de sutilísimos hilos. Y toda esa belleza de formas, hermanos míos, toda esa majestad de tallos, y toda esa donosura de hojas, componen tal variedad de colores, que no hay uno solo en la naturaleza del cual no se halle teñida esa flor admirable. El azul celeste y el azul oscuro, el color purpúreo y el encarnado, el amarillo y el carmesí, el rojo subido y el cerúleo; el amoratado y el verde, el color de naranja y el rojo amarillento, el lila y el violado, el amarillo claro y el blanco; todos esos matices se encuentran en ella, dispuestos con tal gracia, y ordenados con tal gradacion y simetría, que el ánimo no puede ménos de quedar estupefacto y atónito. Y, como si todo eso fuera poco todavía, acá y acullá, algunos destellos dorados, y algunos caprichosos adornos de oro, en medio de los colores más vivos, así en las hojas como en las flores, dan á esa planta un esplendor tan deslumbrador, que al ser bañada por los rayos del esplendoroso sol, acariciada por la suave brisa, bien podemos representárnosla cual ardentísima llama que se levanta hácia el cielo.

Bien persuadido estoy, carísimos hermanos, de que habreis comprendido, sin gran trabajo, la simbólica significacion de esa flor misteriosa. Aquella llama, que, en definitiva, no arde en otra parte, que en el corazon amoroso de aquel Iris celestial, de nuestra Madre santísima; ¡oh! aquella llama, que al ser agitada, parece remontarse hácia el cielo, nos llama, nos invita al fervor del espíritu; á aquel fervor que, cual verdadera llama del corazon, consiste en procurar que de cada dia sean más brillantes los colores de nuestras cristianas virtudes, en progresar todos los dias en la santidad y la perfeccion del espíritu. Mas ¡ay! esa llama hállase hoy extinguida sobre la tierra; y los frios corazones de los fieles, se están consumiendo en un horrendo letargo, en una abominable tibieza; el mal peor que puede ocasionarse al alma, y del cual, ay! cuán difícilmente puede ella librarse!

¡Ah! mis amados hermanos; sirvanos, pues, de estímulo esta noche nuestra Madre santísima; y que aquella llama, que está agitando sin cesar su fervoroso corazon, se apodere esta noche de nuestras almas, y las excite á trabajar para conseguir un progreso y perfeccionamiento en las vías del Señor.